

Eucaristía un alimento, presupone la vida en el alma que la recibe, y si no da, á lo menos de un modo directo, la gracia primera que nos traslada de la muerte espiritual á la vida, aumenta admirablemente esta vida<sup>1</sup>. El mismo Señor para que anhelemos este pan de los Angeles, y para indicarnos su excelencia, nos lo representa siempre cual un verdadero principio de vida: «Hé aquí el pan descendido del cielo, nos dice; cualquiera que coma de este pan, vivirá eternamente; el pan que yo daré, es mi carne para salud del mundo: el que come mi carne y bebe mi sangre, consigue vida eterna. «En verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y si no bebiereis su sangre, no gozaréis de vida. Así como mi Padre que está vivo, me envió, y como yo vivo por mi Padre, así mismo el que me come, vivirá por mí<sup>2</sup>.» Complacémosnos en repetirlo: cuantas veces el Señor habla de la Eucaristía, promete darnos la vida; y ¿por qué esto, sino para enseñarnos que tal es el verdadero efecto de ella, y á la vez estimularnos á recibirla? Cier-

<sup>1</sup> Virtus hujus Sacramenti potest considerari dupliciter: uno modo secundum se; et sic hoc Sacramentum habet virtutem ad remittendum quaecumque peccata ex passione Christi, quæ est fons et causa remissionis peccatorum. Alio modo potest considerari per comparisonem ad eum qui recipit hoc Sacramentum, prout in eo invenitur vel non invenitur impedimentum percipiendi effectum hujus Sacramenti. Quicumque autem habent conscientiam peccati mortalis, habet in se impedimentum percipiendi effectum hujus Sacramenti, eo quod non est conveniens susceptor hujus Sacramenti; tum quia non vivit spiritualiter, et ita non debet spirituale nutrimentum suscipere, quod non est nisi viventis; tum quia non potest uniri Christo (quod fit per hoc Sacramentum) dum est in affectu peccandi mortaliter. (D. Thom. p. 3, q. 79, art. 3).

<sup>2</sup> Nullus habet gratiam ante susceptionem hujus Sacramenti, nisi ex voto ipsius, vel per seipsum, sicut adulti; vel voto Ecclesiæ, sicut pueruli, sicut supra dictum est (Q. 73, art. 3...). Potest igitur hoc Sacramentum operari remissionem peccatorum dupliciter: uno modo non perceptum actu, sed voto; alio modo etiam perceptum ab eo qui est in peccato mortali, cujus conscientiam et affectum non habet: forte enim primo non fuit sufficienter contritus, sed devote et reverenter accedens consequetur per hoc Sacramentum gratiam caritatis, quæ contritionem perficiet, et remissionem peccati. (Id. id. id.).

Hoc Sacramentum confert gratiam spiritualiter cum virtute caritatis... et ideo per hoc Sacramentum, quantum est ex sua virtute, non solum habitus gratiæ et virtutis confertur, sed etiam excitatur in actum, et inde est quod ex virtute hujus Sacramenti anima spiritualiter reficitur, per hoc quod anima spiritualiter delectatur, et quodammodo inebriatur dulcedine bonitatis divinæ. (Id. id. id.).

<sup>2</sup> Joan. vi.

tamente nada hay mas halagüeño que no morir, y la pasion mas fuerte y universal es el deseo de la vida. Así es como el nuevo Adan repara la falta del primero, probando maravillosamente que es nuestro Salvador, cuando por la sagrada Eucaristía nos libra del mayor de los recelos, el miedo de la muerte, y nos restituye el mayor de los bienes perdidos, la vida.

Y ¿qué vida es la que el Salvador nos da en la Comunion? Nada menos que la suya propia. Conforme nosotros comunicamos nuestro existir á los alimentos que tomamos, trocándolos en nuestra propia sustancia; así tambien por la Comunion el Salvador nos transforma en él, quitándonos la vida del viejo Adan, y dándonos la suya divina. La del Adan viejo era toda orgullo, ambicion, apego á las criaturas, olvido de Dios, interés personal, y pasion y pecados de toda especie; por el contrario la vida del nuevo Adan, comunicada por la sagrada Eucaristía, es toda dulzura, humildad, caridad, paciencia, vida completa de virtudes y buenas obras. Esta es la que recibimos mediante la sagrada Eucaristía, y para darnosla, el Señor no se transforma en nosotros, porque es mas perfecto que nosotros, sino que nos transforma en él, para hacernos perfectos como él, insiguiendo la hermosa frase que san Agustin pone en boca del Salvador: «Yo soy el manjar de los adultos; creced para que podais comerme, y comedme no para que me transformeis en vosotros, cual sucede con el alimento del cuerpo, sino para que yo mismo os transforme en mí<sup>1</sup>.» De igual manera la sangre del Salvador, derramada en nuestras venas, viene á ser un vino generoso que enardece todas las potencias de nuestra alma, que las sublima y las hace producir obras de una perfeccion del todo divina; ¿de qué no será capaz, en efecto, el alma en la deliciosa embriaguez de la Comunion? Pronto diremos algo sobre esto.

La natural consecuencia de esta vida divina es inspirarnos el cariño mas vehemente y tierno hácia nuestro Señor, uniéndonos á él de una manera estrechísima. Las afecciones principalmente estriban en dos causas: 1.<sup>a</sup> los vínculos de la sangre; por cuya razon el padre ama á su hijo, el hijo ama á su padre, y todos los parientes se aman unos á otros; y 2.<sup>a</sup> la union de los espíritus, por cuya razon las adorables Personas de la santísima Trinidad se

<sup>1</sup> Confer. lib. VII, c. 19.

aman entre sí indefinidamente, á causa de no componer mas que un solo espíritu, cuya unidad de naturaleza forma uno de los principales elementos de su bienaventuranza. Por eso mismo, pues, y para captarse la voluntad de todos los hombres, quiso el Unigénito de Dios contraer mediante su encarnacion una alianza corporal y espiritual con la humana naturaleza; y como en aquel misterio no pudo unirse sino con el cuerpo y el alma de un hombre solo, estableció el sacramento de la Eucaristia, para unirse en cuerpo y espíritu con todos cuantos comulgan dignamente, é inducirles por medio de este doble parentesco á amarle con perfeccion. Es tan íntima la union corporal que contraemos con el Salvador al recibirle, que san Cirilo la compara con dos pedazos de cera fundidos y mezclados. «¡Oh hombre! exclama sobre el particular san Juan Crisóstomo; medita, considera el honor que recibes con acercarte á la sagrada mesa, en la cual comemos al que los Angeles solo miran con miedo, y nos unimos á él, y nos hacemos con él una misma carne y un mismo cuerpo.»

Por íntima, empero, que sea esta union corporal, no es sino el pálido reflejo de la segunda que el Señor quiere contraer con nosotros á consecuencia de aquella. Á la manera que nuestra alma empieza á animar el alimento que hemos recibido apenas entra en nuestro cuerpo, así el espíritu del Salvador comienza á animarnos á nosotros, apenas por la Comunión nos hacemos miembros suyos, viniendo á convertirse en alma de nuestra alma y vida de nuestra vida; y verdaderamente entonces podemos decir como san Pablo: «Yo vivo, pero no soy yo el que vivo, sino Jesucristo el que vive en mí; él es el que piensa, el que ama, el que habla, el que padece, el que obra en mí.» ¡Oh misterio de piedad! ¡oh vínculo de caridad! Si la union es un motivo para que amemos, ¿de qué amor la Comunión no habrá de penetrarnos hácia nuestro Señor, con quien ella nos une tan estrechamente, que ya no formamos sino un mismo cuerpo y un mismo espíritu? ¿Cabe mejor medio de hacerse querer?

Otra consecuencia no menos natural de la vida divina que se nos comunica por el augusto Sacramento, es que purifica nuestra alma, ya perdonándonos los pecados veniales, ya preservándonos de los mortales, ya remitiéndonos indirectamente la pena merecida por ellos. Es indudable que la sagrada Comunión condona directamente por su propia virtud los pecados veniales: «Ella es, dice el Concilio Tridentino, un antídoto que nos libra de los pecados ordinarios, y

«nos preserva de los mortales<sup>1</sup>.» Por esto san Ambrosio decia: «Es preciso que yo tome siempre la sangre de nuestro Señor para obtener siempre el perdon de mis pecados, y ya que pecco sin cesar, «sin cesar debo tomar remedio contra el pecado<sup>2</sup>.» No obstante, lo hemos dicho ya: la Comunión no confiere la gracia primaria, en cuya virtud el hombre de pecador se hace justo; instituida para ser alimento de nuestras almas, únicamente puede aprovechar á los que ya viven la vida de la gracia; y así aquellos que sabiendo son reos de pecado mortal se atreven á comulgar, léjos de recibir su gracia, reciben su condenacion.

Respecto á la preservacion de pecado, de que el Concilio Tridentino hace mérito, hé aquí cómo la Eucaristia surte este precioso efecto: «El pecado, dice santo Tomás, es la muerte del alma; ahora bien, el alma se preserva del pecado, cual el cuerpo de la muerte, de dos maneras: la primera, en cuanto nuestra naturaleza resiste con fortaleza los gérmenes interiores de corrupcion, y así es como nos preservan de la muerte el alimento y los remedios; la segunda, en cuanto se halla guarecida de las agresiones exteriores, y así tambien es como nos preservan de la muerte las armas defensivas que protegen nuestro cuerpo. La Eucaristia nos guarda de uno y otro modo: en primer lugar, uniéndonos á nuestro Señor por medio de la gracia, fortifica la vida del espíritu á guisa de manjar y alimento espiritual, y en segundo lugar, como emblema de la Pasión de Jesucristo por la cual son vencidos los demonios, ella conjura todos los ataques de éstos<sup>3</sup>.»

La sagrada Eucaristia no se instituyó para satisfacer á la divina

<sup>1</sup> Sess. X, c. 2. — Hoc Sacramentum habet virtutem ad remissionem venialium peccatorum. Nam hoc Sacramentum sumitur sub specie cibi nutrientis; nutrimentum autem cibi est necessarium corpori ad restaurandum id quod quotidie deperditur per actionem caloris naturalis. Spiritualiter autem quotidie aliquid in nobis deperditur ex calore concupiscentiæ per peccata venialia, que diminuant fervorem caritatis, et ideo competit huic Sacramento ut remittat peccata venialia. Unde et S. Ambrosius dicit: Quod iste panis quotidianus sumitur in remedium quotidiana infirmitatis. Res autem hujus Sacramenti est caritas, non solum quantum ad habitum, sed etiam quantum ad actum; qui excitatur in hoc Sacramento, per quem venialia peccata solvuntur. Unde manifestum est quod virtute hujus Sacramenti remittuntur peccata venialia. (D. Thom. id. id. art. 4).

<sup>2</sup> Lib. VI De Sacram. c. 6.

<sup>3</sup> D. Thom. p. 3, q. 79, art. 6.

Justicia sino mas bien para alimentar al hombre, uniéndole con Jesucristo y sus miembros, cual el alimento se une con el que lo toma; mas como esta union se ha de efectuar por la caridad en cuya virtud consiguense no solo el perdon de los pecados sino tambien el de la pena merecida por ellos, es consecuencia del efecto principal, que el comulgante obtiene remision de la pena de su pecado, pero no entera, sino proporcionada al grado de devocion y fervor con que recibe este augusto Sacramento <sup>1</sup>.

Finalmente, la sagrada Eucaristia templada en nuestra alma el ardor de las pasiones, y la fortalece y hermosea. Templada el ardor de las pasiones: «Cuando Jesucristo está en nuestro interior, dice san Cirilo, embota la cruel condicion de nuestros miembros, reprime el fuego de las pasiones, y sana nuestras llagas <sup>2</sup>.» La fortalece: «Incapaz es de martirio, dice san Cipriano, quien no está armado por la Iglesia, y el alma que no ha recibido la Eucaristia, sucumbe <sup>3</sup>.» La hermosea: «La divina sangre, expresa san Juan Crisostomo, hace resplandecer en nosotros la imagen de Jesucristo, hermosea y ennoblece el alma, y alimentándola impide que sucumba de languidez. Esta sangre es su salud; esta sangre la purifica, la embellece, la abrasa, y la hace mas resplandeciente que el oro y el fuego; y así como el que mete su mano ó su lengua en oro derretido la vuelve á sacar dorada, así tambien el alma sumergida en esta divina sangre queda mas pura y mas hermosa que el oro.»

Nueva consecuencia de esta vida divina, es que ella imprime en nuestra alma el timbre de la vida eterna, y en nuestro cuerpo el germen de una vida gloriosa. «El que comiere de este pan, dice el Señor, vivirá eternamente;» la vida eterna es la vida de la gloria; de consiguiente el efecto de este Sacramento es granjearnos esa vida, si no inmediatamente, mediatamente, en cuanto nos da fuerza para alcanzarla; por cual razon se llama *Viático*, y se la figura por el pan misterioso de Elías <sup>4</sup>. En cuanto á la inmortalidad, cuyo principio el mismo pan comunica á nuestro cuerpo, hé aqui lo que dice san Agustin: «Aquellos que toman esta comida y esta bebida se hacen

<sup>1</sup> D. Thom. p. 3, q. 79, art. 5.

<sup>2</sup> S. Cyril. Alexand. *Lib. IV in Joan.*

<sup>3</sup> Epist. LIV.

<sup>4</sup> D. Thom. p. 3, q. 79, art. 2.

«inmortales é incorruptibles <sup>1</sup>.» «Si, prosigue santo Tomás, aunque nuestro cuerpo no sea el sujeto inmediato de la gracia, sin embargo el efecto de la gracia refluye del alma al cuerpo, cuyos miembros son ofrecidos á Dios como otras tantas armas de justicia y de santidad; y por esto el cuerpo, asociado al alma en sus combates, comparará algun dia con ella su incorruptibilidad y su gloria <sup>2</sup>.» El mismo Señor dijo ya: *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia <sup>3</sup>*; luego el cristiano despues de la comunión, con mayor motivo que el santo Job, puede repetir estas hermosas palabras: «Yo sé que mi Redentor está vivo, sé que resucitaré en el dia postrero, y que veré á mi Dios en mi propia carne; esta esperanza reposa en mi seno, y dormirá conmigo en el sepulcro.» Hé aqui, pues, de qué manera, por medio de la Comunión, el nuevo Adán repara tanto en nuestro cuerpo como en nuestra alma los estragos del pecado original, enriqueciéndonos con nuevos dones.

El segundo fin de la Eucaristia es constituir *el sacrificio de la ley nueva*. Al explicar la misa hablaremos de esto con detencion, limitándonos por ahora á decir que nuestro Señor al instituir el augusto Sacramento del altar no se contentó con darnos un alimento divino, sino que además nos dejó un medio omnipotente para aplacar á Dios y conseguir cuanto imploramos de él: tal es el efecto de la Eucaristia considerada como sacrificio; verdadera panacea del universo, manantial siempre fecundo de toda especie de gracias y bendiciones, así en favor de los vivos como de los muertos, realidad magnífica que perpetuando el sacrificio del Calvario reemplaza á todos los figurativos sacrificios de la antigua ley, y rinde á Dios la gloria y la satisfaccion que justamente se le deben.

El fin tercero de la Eucaristia es ser un *memorial de la Pasion de nuestro Señor, y la prenda eterna de su amor*. Tambien al tratar de la misa manifestaremos que el augusto sacrificio de nuestros altares es un resumen completo de todos los misterios de la vida, muerte y resurreccion de nuestro Señor; siendo de consiguiente una prenda perpetua de su amor, que no solo nos impide olvidarle, sino que por el contrario excita en nuestras almas una caridad ardiente hácia el que tanto nos amó. Conforme en el Antiguo Testamento Dios quiso

<sup>1</sup> Tract. XXXVI in Joan.

<sup>2</sup> D. Thom. p. 3, q. 79, art. 1.

<sup>3</sup> Joan. vi.

que los hebreos, despues de comer el maná que les envió del cielo, conservasen siempre parte de él en un vaso precioso de oro, en memoria de los beneficios prodigados á su favor al salir de Egipto; así tambien nuestro Señor ha querido que la sagrada Eucaristía no solo sea recibida y comida por los cristianos, sino que se reserve en nuestros tabernáculos y se lleve algunas veces en triunfo, para que cuantas le viéremos, la memoria del Salvador y de su amor incalculable embargue nuestro corazon. Hé aquí cómo nuestro Señor por medio de estos dos últimos fines de la Eucaristía prosigue milagrosamente la obra de la redencion, ya teniendo siempre elevada encima de nuestras culpables cabezas la gran Víctima, única que puede aplacar la cólera de Dios, ya alimentando sin cesar en la tierra la hoguera inmensa de amor que salvó al mundo.

5.º *Disposiciones para bien recibir la Eucaristía.* Á fin de que la sagrada Comunión produzca en nosotros sus efectos admirables, conviene nos acerquemos á ella con las disposiciones oportunas; de éstas, unas conciernen al cuerpo, y otras al alma; unas preceden, y otras acompañan y siguen á la Comunión. De las referentes al cuerpo, la primera es el ayuno. Nadie ignora que nuestro Señor instituyó el sacramento de la Eucaristía tras la cena legal, sin dar la Comunión á los Apóstoles hasta despues que hubieron comido el cordero pascual, siendo justo que la figura precediese á la realidad. Los primitivos cristianos á imitacion de esto, congregados en sus santas asambleas, no recibían la Eucaristía hasta despues de celebrar una comida ordinaria, que se llamaba *agape*, nombre que, segun observa Tertuliano, se daba á esta comida por ser un banquete de caridad, costado por los ricos, al que los pobres eran invitados; mas duró poco esta costumbre, y los mismos Apóstoles por decorosas razones ya determinaron, en virtud de los poderes recibidos de nuestro Señor, que solo pudiese comulgarse en ayunas. Tal fué desde entonces el uso general de la Iglesia; de consiguiente seria incurrir en un gran pecado comulgar despues de desayunarse, excepto los casos de enfermedad. Este ayuno ha de ser completo, por manera que nada, absolutamente nada se podrá probar desde la media noche del día de la comunión; cuya disposicion es esencial.

La segunda referente al cuerpo es la modestia. Basta tener la honda conviccion de que nuestro Señor se encierra personalmente en la sagrada Eucaristía, para no asistir al sagrado banquete sin es-

tar lleno de santo temor, de profunda humildad y de perfectísima modestia; y así el que vaya con ojos distraídos, con ademan descompuesto, y con asomos de lujo ó de jactancia mundanal, dará una pobre idea de su fe y de su religiosidad y piedad. Todo comulgante sin distincion de sexos ha de recibir la Eucaristía de rodillas, con los ojos bajos y sosteniendo la toalla entre sus manos, formando con ella un plano para recibir la sagrada forma caso que llegare á caerse de la mano del sacerdote; además los hombres no pueden ir con armas, y las mujeres han de vestir con toda decencia y compostura. Se evitará echar salivas hasta buen rato despues de haber comulgado, y si hubiere necesidad de hacerlo, se hará en un lienzo limpio, y no en el suelo, por la contingencia de envolver alguna partícula de las especies consagradas. San Juan Crisóstomo, para obviar este inconveniente, exhortaba á los fieles que bebiesen un sorbo de agua despues de comulgar, cuyo uso subsiste en Alemania.

Las disposiciones del alma se adecuan á la índole misma de este Sacramento, pues siendo la Eucaristía un alimento de nuestro espíritu, las mismas disposiciones requeridas para que aproveche el alimento del cuerpo son las que debemos llevar en la recepcion de este manjar espiritual. Ahora bien, cuatro son las condiciones necesarias para comer con provecho: 1.º estar vivo; 2.º tener apetito; 3.º comer de veras; 4.º trabajar, pues para ello se come. Iguales son las condiciones con que se ha de recibir el divino sustento de nuestras almas para que sea provechoso.

1.º Para comulgar es preciso estar vivo, pues los muertos no comen: la vida del alma consiste en la gracia de Dios, esto es, en la exencion de todo pecado mortal. El que no se halle en semejante estado, deberá purificarse por medio de una buena confesion: ¡ay mil veces de quien osare comulgar teniendo gravada su conciencia con un pecado mortal ó solamente con sospecha de él, pues cometeria un horrible sacrilegio! No obstante, si antes de comulgar se recordare alguna falta grave omitida en la confesion por olvido involuntario, aunque será bueno acercarse de nuevo al confesonario á delatarla, siendo fácil hacerlo, no hay absoluta obligacion; bastando despues de pedido perdon formar el propósito de acusarse en la confesion inmediata. La vida de la gracia presupone necesariamente la fe, la esperanza y la caridad, y estas virtudes á su vez presuponen en los adultos la nocion de ciertas verdades á que las mismas

se contraen; así el que comulga ha de creer y conocer las principales verdades de la Religión, y cuanto corresponde á la sagrada Eucaristía. Esto es en rigor lo necesario para comulgar; más, aunque este conocimiento en su primer grado de fe, esperanza y caridad, ó sea de gracia santificante, basta para no hacer una mala comunión, y aun para sacar algún provecho de la Eucaristía, conforme lo prueba la práctica de la primitiva Iglesia que la administraba á los niños; no hay que limitarse á tan ligeras disposiciones si se quiere participar abundantemente de las gracias que este Sacramento proporciona, segun demostraremos hablando de la segunda condicion.

2.º Para comulgar es preciso tener apetito. Efectivamente sin apetito no aprovecha la comida, no bastando estar vivo para comer; de igual modo para sacar todo provecho de la sagrada Comunión no basta hallarse en estado de gracia, sino apetecer este divino manjar, por cuyo apetito se entiende un vehemente afán de comulgar. La utilidad de esta disposición ya la señala nuestro Señor en el mero hecho de darsenos él mismo en alimento; pero no contento con ello, quiso aun dejarnos un modelo de este santo ardor: *Con gran deseo he deseado*, dijo á sus Apóstoles, *comer esta Pascua con vosotros*. Semejante disposicion era tan habitual entre los primitivos cristianos, que llamaban á la Eucaristía el objeto de todos sus deseos, *desiderata*. El mejor medio de excitar en nosotros tamaño apetito, es primeramente convencernos de los beneficios que la sagrada Eucaristía produce en nosotros, ya librándonos de nuestros males, ya proporcionándonos los verdaderos bienes; pero á esta meditacion conviene añadir la súplica y la mortificacion interior y exterior, á fin de que nuestro espíritu no divague tras otros objetos ó afectos. Tampoco es necesario que este deseo se haga sensible, pues basta que sea efectivo y nos inspire la firme resolucion de corregir nuestras faltas y avanzar en el camino de la virtud, para lo cual ese propio deseo es el mas poderoso de los incentivos, siendo él la medida de las gracias que se nos confieren por la Comunión. «Abrid la boca de vuestro corazon, dice el Salvador, que yo la llenaré; y en la «proporcion que la abriéreis, recibiréis; pues la medida de los bienes que habréis de recibir no depende de mí, sino de vosotros: si «quisiéreis, me recibiréis todo entero <sup>1</sup>»

<sup>1</sup> Non est igitur in mea potestate, sed in tua. Si volueris me totum accipies. (S. Hier. in Psalm. LXXX).

3.º Como para alimentarse no todo consiste en tener apetito, sino en comer, y especialmente en digerir; tambien para sacar fruto de la sagrada Eucaristía no basta apeteerla, sino recibirla, y si es lícito el término, hasta digerirla. El modo de conseguir esto es acercarse á la sagrada mesa, no solo con la gracia santificante, sino con los sentimientos efectivos de una fe viva, de una esperanza firme, de una caridad ardiente, de una profunda humildad, de una santa solicitud, en suma, de una devocion real, exenta de tibieza, de negligencia y de precipitacion <sup>1</sup>. La manera de digerir puede explicarse en este sentido: los espíritus se alimentan por el conocimiento y el amor, y mediante estas operaciones se saturan é incorporan de la verdad y del bien; mas, para conseguir esto en la Eucaristía, el alma antes de la comunión, durante ella y despues de ella, ha de poner todo ahinco en conocer á su divino Salvador así en sus varios títulos como en sus diferentes acciones, y despues de contemplarlas, apropiárselas y pensar que este Señor — lo que es perfectamente cierto, — nos ofrece todas sus divinas perfecciones cual otros tantos manjares divinos, diciéndonos como á los Apóstoles: Comed de ello todos; *manducate ex hoc omnes*; aquí está mi sabiduría, *manducate ex hoc omnes*; aquí está mi paciencia, *manducate ex hoc omnes*; aquí está mi amor, mi dulzura, mi humildad, mi celo, mi pobreza, etc., etc., *manducate ex hoc omnes*. De esta manera el alma, amante de sus divinas perfecciones, es como se las asimila, haciéndose, segun expresion del apóstol san Pedro, partícipe de la naturaleza del mismo Dios; y por ahí se vé cuán útil sea no ignorar estas cosas al objeto de atemperarse á las intenciones del Salvador y comulgar con provecho.

4.º Del mismo modo que uno no come para comer, sino para restaurar las fuerzas y trabajar con mas ahinco, tambien para sacar fruto de la Comunión y recibirla segun las intenciones del Salvador, conviene despues de recibida volver á emprender nuestro trabajo con un ardor y perfeccion mayores que antes, bien persuadidos de que si el alimento material comunica á nuestro cuerpo sus propiedades, ese manjar divino no podrá menos de comunicar las suyas á nuestro espíritu. Mas el trabajo del que se ha hecho un nuevo Jesucristo, so pena de degradacion y sacrilegio, ha de ser un trabajo digno del mismo Jesucristo, un trabajo divino, que reuna grande esmero de in-

<sup>1</sup> D. Thom. p. 3, q. 80, art. 1.

tencion á un valor decidido y á una cumplida santidad, hasta hacer resaltar en nuestra conducta todas las virtudes de nuestro Señor y permitirnos decir en consecuencia: «No soy yo el que vive, sino «Jesucristo quien vive en mí.» Este trabajo además ha de encaminarse á cosas dignas de un alma divinizada, particularmente á la observancia y práctica de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Tal será la vida del cristiano despues de la comunión, y tal es el fin para el cual nuestro Señor se nos entrega en forma de alimento.

Últimamente, y apurando la analogía, despues que hemos trabajado, cuando ya están agotadas las fuerzas del cuerpo, volvemos otra vez á tomar alimento para recobrar el vigor y emprender nuevamente el trabajo; pues así tambien, cuando despues de haber comulgado y trabajado en nuestra santificacion sintamos decaer nuestras fuerzas, convendrá tomar otra vez el divino alimento para que el trabajo sea llevadero; de modo que la vida toda del cristiano ha de ir girando sobre la sagrada Eucaristía.

Uno de los medios mas adecuados para entrar en estas disposiciones, es hacerse á sí mismo desde la mañana del día de la comunión estas tres preguntas: ¿Quién es el que viene? ¿á quién viene? ¿para qué viene?

Recibida la Comunión, no debe olvidarse la accion de gracias, pues nada hay mas justo, y los momentos que siguen á la comunión son los mas preciosos de la vida. «Su divina Majestad, dice la «madre santa Teresa, acostumbra pagar bien la posada á los que «le dan buen acogimiento;» de otra parte, el rato de la accion de gracias es el en que se digiere este manjar divino, conforme hemos explicado. ¡Feliz quien comulgue de esta suerte! pues la sagrada Eucaristía le comunicará realmente la vida del nuevo Adán, que es vida de virtud en la tierra y de gloria en la eternidad.

6.º *Necesidad de la Eucaristía.* Nuestro Señor ha dicho: *Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre, no tendreis en vosotros vida* <sup>1</sup>. Estas palabras, segun su literal sentido, significan que si en realidad no recibimos el cuerpo y la sangre de Jesucristo, no gozaremos de vida. En este concepto, solo se han de referir á los adultos; de otro modo la Iglesia no hubiera cesado de administrar la Eucaristía á los niños; y de aquí mismo se arguye que la recepcion *real* del Sacramento no es á éstos necesario cuando han

<sup>1</sup> Joan. vi.

sido ya regenerados por el Bautismo, y no han podido perder la gracia recibida por él <sup>1</sup>. En su acepcion espiritual, las mismas palabras significan que si no estamos unidos é incorporados con Jesucristo, á semejanza de los miembros con su cabeza, no tendremos parte en la vida eterna; en cuyo concepto así atañen á los niños como á los adultos, pues ni unos ni otros obtendrán eterna vida á menos de pertenecer á Jesucristo por la union establecida entre todos los que han sido incorporados á su cuerpo místico mediante el Bautismo. De aquí tambien se sigue, que aun cuando no sea á todos los hombres absolutamente preciso y posible recibir la Eucaristía de un modo material, esto es, con la boca, les es necesario recibirla de un modo espiritual, esto es, incorporándose con el Señor é ingresando en la Iglesia, su cuerpo místico; porque esta comunión espiritual envuelve consigo el deseo de recibir el Sacramento, segun enseña santo Tomás <sup>2</sup>, deseo que los niños llevan en el Bautismo por intencion de la Iglesia, conforme tambien por la fe de la Iglesia creen, insiguiendo al mismo Doctor <sup>3</sup>.

Aquí no podemos menos de hacer observar la perfecta analogía que existe entre el orden natural y el orden sobrenatural: en aquel el niño empieza por nutrirse con la sustancia de su madre; en éste empieza tambien por nutrirse con la fe y la vida de su madre la Iglesia: en aquel va tomando mas adelante un sustento delicado que le viene de afuera; en éste recibe por segundo alimento la divina palabra, ó sea el Verbo, bajo la forma de la palabra que llega á él por la enseñanza exterior; en el primero, fuente ya, toma un alimento mas sólido, que necesita ganar con su trabajo, sea cual fuere su posicion; en el segundo, fuerte tambien, aliméntase de la sagrada Eucaristía, que es el Verbo en persona, poderoso nutrimento que debe ganar por medio de su trabajo y de las luchas de la virtud. ¿Quién, atendido esto, dejará de reconocer, así en las leyes del mundo físico como en las del mundo moral, la mano de su comun autor y único hacedor, el mismo Dios, sabiduría infinita y bondad por excelencia?

<sup>1</sup> Conc. Trid. sess. XXI, c. 4.

<sup>2</sup> Manifestum est quod omnes tenentur saltem spiritualiter manducare Eucharistiam, quia hoc est Christo incorporari: spiritualis autem manducatio includit votum seu desiderium percipiendi hoc Sacramentum. (P. 3, q. 80, art. 3.)

<sup>3</sup> Sicut ex fide Ecclesie credunt, sic ex intentione Ecclesie desiderant Eucharistiam. (Id. id. q. 73, art. 3.)

À mas del precepto eclesiástico de la comunión pascual, la Eucaristía es por precepto divino indispensable á todos cuantos disfrutan uso de razon. Este precepto, fundado en las palabras literales de nuestro Señor arriba citadas, es obligatorio á lo menos en el artículo de la muerte, y en varias ocasiones durante la vida, bastando cumplir ambos preceptos, el divino y el eclesiástico, para no incurrir en pecado mortal. Mas tan escasas comuniones ¿serán suficientes para las necesidades de nuestra alma, y para llenar las intenciones del Salvador? No por cierto: la experiencia enseña que de las comuniones poco frecuentes no se saca fruto alguno; de otra parte, la manera de hacer bien una cosa no es hacerla poco, y así todo cristiano que resueltamente desee su salud, deberá contraer la santa costumbre de comulgar á menudo; tal es el deseo de nuestro Señor, que así nos lo indicó instituyendo la Eucaristía bajo la forma de nuestro alimento habitual; tal era la práctica de los primeros cristianos, los cuales comulgaban diariamente; tal es el anhelo de la Iglesia que por el órgano del sacro Concilio Tridentino quisiera en el ardor de su caridad ver á todos sus hijos restablecer las buenas usanzas de sus mayores; y por fin tal es el consejo de los directores de almas de mas experiencia.

En nombre de todos, oigamos las palabras de san Francisco de Sales: «La mayor distancia entre una á otra comunión será de meses en mes, entre los que deseen servir á Dios devotamente. Á Si los mundanos os preguntan por qué comulgais tan á menudo, respondles que es para aprender á amar á Dios, para limpiarós de vuestras imperfecciones, libraros de vuestras miserias y consolaros en vuestros quebrantos... Dos clases de gentes necesitan comulgar á menudo: los perfectos, porque estando dispuestos harian muy mal en no llegarse al que es fuente y manantial de toda perfeccion; y los imperfectos para que puedan de un modo meritorio aspirar á la perfeccion; los fuertes para no tornarse débiles; los débiles para hacerse fuertes; los enfermos para sanar; los sanos para no enfermar; y en cuanto á vos, como imperfecto, débil y enfermo, debeis comulgar frecuentemente con el que es vuestra perfeccion, vuestra fuerza y vuestro médico... Los que tienen pocos quehaceres en el mundo necesitan asimismo comulgar á menudo, porque les sobra tiempo, y los muy atareados necesitan hacer otro tanto, por la urgencia que de ello tienen; pues el que trabaja mucho y se halla agobiado de pesares, es el que ha de comer viandas mas sólidas y con

«frecuencia fuertes. Decidles á los mundanos que si recibís con repetición al Santo de los Santos, es para aprender á recibirle bien, porque es imposible hacer bien una cosa si no se practica con mucha frecuencia. Comulgad á menudo, lo mas á menudo que pudiéreis, siguiendo el dictámen de vuestro Padre espiritual. Si, creedme: las liebres en las montañas se vuelven blancas en invierno, de puro mirar y comer nieve; así vos tambien á puro adorar y comer la misma hermosura, bondad y pureza en este divino Sacramento, llegaréis á ser toda hermosa, bondadosa y pura... Para comulgar cada ocho dias se ha de estar sin pecado alguno mortal y no tener afición alguna al pecado venial, además de un vehemente deseo de comulgar; pero para hacerlo diariamente importa, á mas de lo dicho, haber dominado casi todas las malas inclinaciones, y que sea por consejo del Padre espiritual.»

*Oracion:*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido el adorable sacramento de la Eucaristía para comunicarme vuestra vida divina.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, nunca dejare de hincarme de rodillas, cuando vea pasar por la calle el santo Viático.

*Introduccion á la Vida devota, parte II, c. 21-20, edic. 1651.*— Licet tepide, dice san Buena ventura, tamen confidens misericordia Dei fiducialiter accedas; quia qui se indignum reputat, cogitet quod, tanto magis eget medico, quanto senserit se agrotum. Neque ideo quæris te jungere Christo, ut tu eum sanctifices, sed ut tu sanctificeris ab illo... Neque prætermittenda est sancta Communio, si quandoque non sentit homo specialem devotionem, cum se ad illam preparare studeat, vel in ipsa perceptione, vel post forte minus devotus se sentit quam vellet. Véase san Alfonso, *Manual de los confesores*, n. 290 y sig. — Iste panis quotidianus est, accipe quotidie, ut quotidie tibi prosit. (S. Aug. De Verb. Dom. Serm. XXVIII). — Sic vive ut quotidie merearis accipere. (Id. id. id.). — Qui semper pecco, debeo semper habere medicinam. S. Ambr.). — Quotidie peccas, quotidie sume. (S. Aug.). — Unus sit tibi dolor, hac esca privari. (S. Chrys.).